Instituto de Investigaciones Gino Germani
5º Jornadas de Jóvenes Investigadores
4, 5 y 6 de noviembre de 2009

Autora: Malvina Silba.
Licenciada en Sociología (UBA),
Becaria Doctoral del CONICET
con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani.
Director de Tesis: Dr. Pablo Alabarces.
Co-director: Dr. Pablo Vila.
Doctoranda en Ciencias Sociales (FCS-UBA).
Docente de la Carrera de Ciencias de la Comunicación Social (FCS-UBA)

E-Mail: malvinasilba@yahoo.com.ar
Eje Problemático propuesto: Número 1. Identidades-Alteridades

Título de la ponencia:
Identidades Cumbieras: una reflexión en torno a prácticas y representaciones *de* y *sobre* mujeres y varones jóvenes de sectores populares

I- Introducción

Muchos discursos del sentido común hegemónico, fundamentalmente aquellos que se construyen *desde* y circulan *en* los medios de comunicación, señalan a las mujeres y varones jóvenes de sectores populares como sujetos peligrosos, en falta, con carencias, debilidades y permanentemente expuestos a un sin fin de riesgos que, paradójicamente, terminan provocando que ellas/os pongan en riesgo al resto de la sociedad, al desafiar los valores y normas socialmente avalados (Chaves, 2005b:12). Estas/os jóvenes, según las opiniones de periodistas y "especialistas en el tema", estarían padeciendo las consecuencias de la crisis de la familia nuclear, la debilidad de

una institución escolar que ya no puede contenerlas/os y un mercado laboral que las/os expulsa porque no encuentra en ellas/os los saberes necesarios ni el esfuerzo esperado para mantenerlos en un campo laboral cada vez más competitivo..

Estas imágenes culturales (Feixa, 1998: 108) sobre las mujeres y varones jóvenes y pobres han alcanzado un nivel alto de difusión y legitimidad en la Argentina contemporánea y urbana[1] que parecieran estar "describiendo una realidad" en lugar de contribuir a su construcción. Las representaciones[2] que circulan en los ámbitos mencionados sobre estas/os jóvenes tienden a homogeneizarlas/os, mostrarlos como si todas y todos se comportaran o fueran a hacerlo de manera similar y esperable, por el solo hecho de compartir la condición etaria y la pertenencia de clase (Criado, 2005: 87). Esto propicia su estigmatización e intenta mostrar un destino inexorable para estas/os jóvenes: un varón joven y pobre se representa como 'vago'[3], violento y vinculado con actividades delictivas como robos y consumo y venta de distintos tipos de drogas. Las mujeres, por su parte, suelen ser relacionadas con dos estereotipos femeninos: las chicas 'fáciles', que tienen sexo con cualquier varón, incluso sin conocerlo, y aquellas que como consecuencia de esa promiscuidad terminan 'embarazadas o llenas de hijos a muy temprana edad'.

Frente a estas afirmaciones, formadas en el prejuicio y en el desconocimiento de estas/os mujeres y varones jóvenes, mi interés en este trabajo se centrará en discutir con tales afirmaciones a fines de des-armar o de-construir estos discursos y descubrir lo que se esconde detrás de ellos; e intentar aproximarme a las historias de un grupo de jóvenes con los que compartí una experiencia etnográfica. Mi trabajo de campo me permitió escucharlas/os desde otro lugar[4] y acercarme a la comprensión de sus formas de vida cotidiana, sus pensamientos, deseos, miedos y prejuicios, sus elecciones culturales, sus gustos musicales, y sus ideas sobre la familia, la vida, los hijos, la educación, el trabajo y el futuro.

---

[1] Si bien las características descriptas no se remiten sólo a la experiencia de las/os jóvenes que viven en las ciudades de nuestro país, mi trabajo de campo sí lo hace y por lo tanto acotaré el análisis a ese contexto socio-espacial.

[2] Entiendo la categoría de representaciones sociales como formas de conocimiento de lo cotidiano (Chaves, 2005b), como un conocimiento práctico que forja las evidencias de nuestra realidad consensual y participa en la construcción social de nuestra realidad (Jodelet, 1986, citado en Chaves, 2005, Pág.12)

[3] Alude centralmente a la falta de interés por el trabajo.

[4] Si bien tengo claro que mi lugar de investigadora no me permitió acercarme ni construir "la verdad sobre estas/os jóvenes", también es cierto que la etnografía como herramienta permite un tipo de empatía y de involucramiento con las personas, bregando porque el respeto por la diversidad cultural sea una de las premisas ineludibles del trabajo intelectual. (Guber, 2004).

II- Herramientas teóricas para pensar a y con las/os jóvenes

¿Por qué es necesario pensar desde las ciencias sociales en las especificidades etarias de las personas? ¿Qué nos dice de un sujeto, sea este varón o mujer, el hecho de que sea joven? Lo primero a tener en cuenta es que la categoría de juventud es relacional, es decir, se define siempre en relación-oposición frente a otro (Criado, 2005: 3), en este caso el mundo adulto. Se establece así una relación jerárquica, en la que en general los adultos dominan a los niños, adolescentes y jóvenes y esa dominación está ampliamente naturalizada en nuestras sociedades (Elías, 1998: 418). Elías, sin embargo, aclara que "La idea de que el poder de mando incondicional de los padres y la rigurosa obediencia de los hijos, incluso desde el punto de éstos, es la disposición más saludable y fértil, hoy en día despierta sospechas", dando clara evidencia de cómo las perspectivas críticas sobre este tema han ido desnaturalizando ciertos pre-conceptos que se presentaban como obvios.

Este mundo adulto, entonces, está muy vinculado a una idea de desarrollo de la vida del sujeto en etapas prefijadas "niñez, adolescencia, juventud, adultez y vejez" de acuerdo a normas que se pretenden pre-establecidas y universales. Este clásico esquema de una sucesión temporal y social de etapas por las que el sujeto se supone que debe pasar si no desea infringir las normas y valores no puede comprobarse empíricamente, es decir, es un modelo ideal, construido a partir justamente de la imposición de normas sociales. Así, nos encontramos con que hay variadas formas de "ser joven" de acuerdo a las divisiones sociales por clase, género, etnia, religión, etc. Esto hace que la denominada "experiencia juvenil" sea un terreno tan vasto como complejo, al que se pretende subsumir bajo el presupuesto de una realidad social más o menos uniforme. Pero en verdad, esta universalidad deseada es sólo producto de un ejercicio analítico y etnocéntrico, una reducción relacionada con la mirada del analista y no con las formas ambiguas y contradictorias que la complejidad social suele tener la mayoría de las veces.

Si seguimos esta línea, necesitamos destacar que para categoría de persona el mundo moderno ha creado un "sujeto ideal" al que cada "sujeto real" debe amoldarse o intentar parecerse lo más posible. Lógicamente, este sujeto ideal cumple con las expectativas del propio modelo social y político del que es producto (al hablar de las sociedades contemporáneas estaríamos refiriéndonos al modelo capitalista y a la clase social que representa más fervientemente sus intereses, la burguesía) y es colocado

como horizonte de posibilidad y de deseo de todas y todos aquellos que quieran "encajar" en el modelo. Dice Goldmann (1968)[5] que la representación del individuo ideal moderno es la de un sujeto abstracto y universal "varón, adulto, europeo, blanco y burgués, modelo y evidencia última de la perfectibilidad del hombre y parámetro a partir del cual se mediría la normalidad del resto de la humanidad" Los "sujetos marcados"[6] serían entonces las mujeres, los jóvenes, los campesinos, y las minorías étnicas y nacionales. Goldmann (1968: 40) agrega que "lo diferente comenzó a ser pensado como defecto o estadio inferior de desarrollo".

De aquí se desprenden otras dos cuestiones interesantes para el análisis: la primera se relaciona con el nivel de frustración que ese ideal produce en las conciencias, los cuerpos, los deseos y las esperanzas de las "personas comunes".¿Qué sucede cuando un/a joven terminan la escuela secundaria con la certeza de que eso le garantizará un ingreso al mercado laboral en condiciones más dignas que aquellos que no lo terminaron? ¿Qué sucede con estas personas si deben enfrentar ese supuesto "destino del sujeto" en condiciones de pobreza? La primera respuesta posible hablaría de frustración y descreimiento de las propias capacidades, elecciones y deseos, sobre todo si de jóvenes se trata (Duarte Quapper, 2005: 1).

Margaret Mead (1967)[7] dice al respecto "Presumir que la gente querrá sólo alcanzar aquello que no puede tener, no es sino otra forma de provocar una indiscutible frustración, como observamos actualmente en EEUU de América, donde los niños son actualmente educados para aspirar a una posición económica segura y ascendente, que en las condiciones económicas actuales no pueden tener". Dentro de esta línea de reflexión cabe la pregunta: ¿para qué estamos educando a las mujeres y varones jóvenes y pobres en la Argentina contemporánea? ¿Para que sean sujetos capaces de pensar por sí mismos o crezcan convencidos de sus ineptitudes para la formación política y cultural? ¿Para que encuentren dignidad y placer en los trabajos que realicen a lo largo de su vida o para que sean mano de obra barata y flexible? El desfasaje señalado por Mead apunta a problematizar los lados opuestos de estos interrogantes: se les impone ser lo primero, pero en verdad sólo van a llegar a ser lo segundo, porque la organización económica, política y social vigente así lo determina.

[5] Citado en Adaszko, Ariel (2005), Pág. 40.
[6] Hall, Stuart (1996).
[7] Citado en Adaszko, Ariel (2005), Pág. 44.

La segunda cuestión apunta a reflexionar sobre aquellas personas que no acuerdan con ese supuesto "destino inexorable" y actúan desafiando o ignorando esos "ideales de sujeto". Vuelve aquí la idea del sujeto *marcado*, en el sentido de *desviado, carente, en falta* pero fundamentalmente *peligroso* para el mantenimiento del orden social vigente y la defensa de la moral y las buenas costumbres. ¿Qué pasaría con un joven que no acepta para su vida condiciones de trabajo inhumanas o terriblemente injustas, pero a las que sus padres lo obligan a someterse a riesgo de quedar excluido del sistema de consumo? ¿Y con una mujer joven de sectores populares que no quiere prepararse para conseguir un marido que decida por ella sobre cuándo tener hijos, cuando y cómo ocuparse de las tareas domésticas y cuando dedicarse a suministrarle placer a él?

Y para que todas estas preguntas hagan sentido con los objetivos de este trabajo sintetizo: ¿Qué sucede con las mujeres y varones jóvenes de sectores populares cuando deciden no acatar ciegamente los valores que supuestamente fundaron y mantienen la sociedad en la que viven, porque la creen, entre otras cosas, expresión de su hipocresía? Una forma de responder a estos interrogantes es: lo que sucede es que se crean nuevos estereotipos estigmatizantes y degradantes de la condición de personas de estas/os jóvenes. Comienza a decirse de ellos que son "vagos y violentos, peligrosos, adictos, irrespetuosos y sin valores morales". De las chicas, por su parte, que son "fáciles, rápidas, atorrantas, promiscuas", que no saben hacerse respetar y que están empezando a adoptar prácticas masculinas como propias, como la utilización de la violencia física y verbal como forma de resolución de conflictos.

III- El trabajo de campo: el camino para el acercamiento

La propuesta de analizar la identidad en jóvenes de sectores populares se enmarca en mi proyecto de tesis doctoral, para el cual realicé trabajo de campo etnográfico durante un año en un barrio de la zona sur del Conurbano Bonaerense[8]. Un punto interesante para señalar es el contexto en el que decidí analizar la construcción identitaria de estas/os jóvenes: la escucha musical de un género de la música popular, la cumbia. Todas/os ellas/os se definían como cumbieras y cumbieros y hacían de eso una especie de bandera en oposición, por ejemplo, a los "chetos" y "rockeros". El sub-

[8] El Conurbano Bonaerense está constituido por el primer y segundo cordón urbano que rodea a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, capital de la República Argentina. En él se concentran cerca de 11 millones de habitantes, representando casi el 30% de la población total del país.

género "cumbia villera", surgido en el contexto de la crisis social y económica de fines de los años 90, es uno de los más escuchados, sobre todo por los varones (ya que las chicas rechazan la forma que las letras del mismo eligen para representarlas). Dos de las primeras bandas más conocidas de la movida tropical de los '90 fueron "Damas Gratis" y "Pibes Chorros". Ambas condensan en sus nombres (como en los casos de muchas otras bandas) parte de los estigmas que pesan sobre las/os jóvenes consumidores de ese tipo de música: los pibes son todos 'vagos' y 'ladrones' y las pibas son todas 'atorrantas' y 'fáciles'. Pero lo que los nombres de las bandas hacen, además de jugar con esos significados y proveerles a sus consumidores posibles identificaciones, es realizar aquello que Reguillo (2000) denominó la transformación del estigma en emblema. Las 'pibas' y 'pibes' se apropian de esos nombres y de sus significados pero revierten sus sentidos negativos. O sea, afirman su supuesta condición de 'chorros' y 'atorrantas', pero le dan a eso un valor positivo, juegan también ellas/os con esas ideas aún en los casos en que no crean que las/os definen. En esas elecciones las/os jóvenes no sólo demuestran saber qué es lo que se dice sobre ellas/os y por qué, sino que "doblan la apuesta" y dicen públicamente: "lo somos, y qué?"... "¿qué tiene de malo que seamos así?", "¿qué tiene de malo que alguien sea así?", desafiando, nuevamente, los valores morales de la sociedad en la que viven. En este punto es significativo señalar, tal como lo hace Hall (1996: 17-18), cómo aquello que se dice sobre cada una/o de nosotras/os es importante para nuestra construcción identitaria.

El grupo al que acompañé estaba compuesto en ese momento por mujeres y varones entre los 12 y los 23 años, aunque la mayoría eran varones. Los mismos residían en un barrio de clases populares, llamado "Los Sauces" y ubicado a 30 cuadras de la estación de trenes de Burzaco, Partido de Almirante Brown[9].

Conocía a Nacho y a Karina, dos de los referentes del grupo, de varios años atrás, pero me acerqué a ellos de una manera más constante, podría decirse, cuando decidí comenzar con mi trabajo de campo en las bailantas del conurbano bonaerense a las que ellos asistían frecuentemente. No tuvieron ningún inconveniente en que yo los acompañara durante varios fines de semana y podría decir que se mostraron entusiasmados.

[9] Los nombres de las personas y de los lugares han sido modificados a fin de preservar su identidad. Almirante Brown forma parte de la zona sur del Conurbano Bonaerense.

Nacho es uno de los varones más trabajadores, según cuenta Blanca, en el 2006 tenía 17 años y trabajaba de peón en una empresa de transporte, de 10 a 12 horas por día, sin ningún beneficio social y cobrando su sueldo 'en negro'. Su historia laboral había comenzado a los 14 años, como ayudante en una panadería, en la que también estaba de forma irregular ya que no sólo era menor sino que trabajaba en horario nocturno Desde ese entonces todas sus experiencias laborales estuvieron marcadas por esas dos características: la precariedad y la inestabilidad.

Analizando las características mencionadas sobre la historia familiar y laboral de Nacho, podemos ver que su experiencia no sería semejante a la del "joven como ser no productivo" (Chaves, 2005b: 15), desvinculado del mundo del trabajo asalariado. Nacho es una persona que, al día de hoy, lleva seis años de inserción en el mercado laboral. ¿No debería discutirse, más que la supuesta improductividad u ociosidad de estos jóvenes, las condiciones de inseguridad laboral en las que viven o de las que se ven obligados a participar? La inseguridad para estos grupos de jóvenes, significa muchos más que el miedo a que le roben objetos materiales; ésta está representada por un sin fin de riesgos que corren permanentemente y de los que es bastante difícil escapar en el actual contexto de distribución desigual de los bienes materiales y simbólicos. Tal como señalan Corral y Nuñez (2005: 4), "Al temor por la delincuencia se sumó la inseguridad respecto a la estabilidad laboral. Sobre este telón de fondo impactan los formatos mediáticos de construcción de delito y configuración de un "otro amenazante", "sospechoso". En la conjugación de amenaza y pérdida que experimentaron vastos sectores de la sociedad, se puede leer una tendencia a la regulación de los espacios, el constreñimiento simbólico de la territorialidad, la disminución de los lugares y entramados de la sociabilidad".

IV- "Hombres trabajando"

A propósito de la regulación espacial de los ámbitos públicos, una serie de apreciaciones cruzadas entre los vecinos adultos del barrio y el grupo de jóvenes con el que trabajé es pertinente para reflexionar sobre dos cuestiones: una es la apropiación que los grupos de jóvenes hacen del espacio público, plazas, veredas, esquinas, como sus lugares habituales, sin que eso represente para ellas/os un problema particular; y el otro se relaciona con cuáles serían, de no ser los anteriormente mencionados, los espacios habilitados y legitimados socialmente para que estas/os jóvenes construyan su

sociabilidad. Por lo menos en este grupo, no había una relación con ningún tipo de institución, pública ni privada, que los alojara o les permitiera la reunión; ni clubes ni centros culturales o cooperativas. Las opciones eran siempre espacios públicos. Esta cita de mi diario de campo lo demuestra claramente:

"Un sábado a la tarde los chicos habían colgado de los postes de dos esquinas una red simulando una cancha de *voley* y jugaban mientras sonaba cumbia a todo volumen (la escucha musical cuasi-pública, provocada por el volumen de la música y los parlantes en las veredas de las casas, era muy habitual entre ellos). Rosa, una de las vecinas que no simpatizaba en lo más mínimo con el grupo, llamó a la policía para que intervenga por el supuesto "escándalo" que estaban provocando. Cuando el patrullero llegó vio a un grupo de jóvenes practicando deporte. Nacho me contó que uno de los policías le dijo que la denuncia había sido porque "un grupo de malandras estaba molestando en la esquina". Seguido a esto me dijo que no era esa la única vecina que decía "cualquiera" de ellos, que cuando paraban a mitad de la otra cuadra, los de ahí decían que ellos eran "chorros y drogadictos" y que los del frente de "la placita" los tildaban de "vagos". En rechazo a todas esas formas de describirlos con las que no se sentían identificados, los chicos habían pintado sobre la piedra de la plaza donde siempre "paraban", la inscripción 'Hombres Trabajando'".

Si bien en los relatos de los miembros del grupo podía verse que se tomaban con humor lo que se decía de ellos en el barrio, no era un tema que les resultara indiferente. Las acusaciones de 'malandras', 'chorros', 'drogadictos' y 'vagos de sus vecinos, se hacían con el único argumento de que son varones jóvenes cuya 'práctica ofensiva' frente a las supuestas buenas costumbres de los vecinos era 'parar en la esquina o en la plaza', tomar bebidas alcohólicas, jugar a algún deporte o simplemente 'joder un rato' y estar juntos[10] . En la anécdota de Rosa puede verse la interacción entre los prejuicios, el miedo y las inseguridades que viven amplios sectores de las clases populares urbanas. Sin embargo, esos temores no debieran habilitar a la proliferación de discursos discriminatorios y ofensivos para con los jóvenes.

[10] Respecto al consumo de marihuana o alguna otra droga ("paco", por ejemplo) no puedo señalarlo como una práctica habitual dentro del grupo porque nunca lo hicieron mientras yo estuve allí ni tampoco hicieron referencia directa a ello. Sin embargo, por los comentarios indirectos de unos pocos miembros del grupo puedo inferir que fumar marihuana era una práctica más o menos frecuente pero sólo en algunos de ellos y siempre en lugares y momentos en dónde no eran observados abiertamente por el resto (vecinos adultos, pares, etc.).

V- ¿Violencias?

Otro de los estereotipos clásicos con los que los medios de comunicación (fundamentalmente la televisión y en especial en los últimos años) asocian de manera natural a estos jóvenes (a los varones con más énfasis, pero las mujeres han comenzado a ser protagonistas de 'hechos similares') es la violencia como forma cotidiana de relación social, solución y mediación de conflictos, etc. Y los momentos más significativos en los que estas peleas son mostradas una y otra vez en diversos programas de televisión[11] son las salidas de los boliches y bailantas.

En este punto, mi experiencia etnográfica me resultó sumamente interesante para poder contrastar las escenas transmitidas por TV con las vividas y/o presenciadas por mí y por el grupo. El punto que me interesa destacar es la complejidad y la cantidad de aristas que posee el tema de la violencia en las/os jóvenes como forma de relación social.

Como dije antes, acompañé al grupo a dos bailantas de la zona durante todo un año; todas las noches en las que salimos fuimos partícipes (más o menos directos) o espectadores de una o varias peleas entre grupos de jóvenes o entre éstos y los "patovicas" y/o la policía. Es importante destacar entonces que, tal como afirman varios de los autores con los que pensé estas cuestiones (Chaves, 2005a y2005b; Criado, 2005; Corral y Núñez, 2005), las peleas entre los jóvenes, a las salidas de los boliches o en las esquinas en las que suelen parar no son 'un invento mediático' pero sí están sobre-dimensionadas en relación con otras prácticas no sancionadas moralmente y que los jóvenes también realizan a menudo (el baile, el compañerismo, la protección de los miembros del grupo, entre otras). Las prácticas estigmatizadas y estigmatizantes generan en la opinión pública y en las expresiones del sentido común una especie de "pánico moral" o sensación de peligro constante. Esto habilita a que el adjetivo 'violentos' comience, consecuentemente, a ser sinónimo de todos los otros males juveniles: 'vagos', 'drogadictos', 'delincuentes', 'inmorales', etc.

Y también es importante pensar esta cuestión de la violencia como una parte constitutiva de la identidad de los jóvenes en la actualidad, a fines de no terminar victimizándolos, "como una víctima del acontecer social... o como una víctima del

[11] Los programas televisivos a los que hago referencia son: La Liga de Telef., Policías en Acción, de Canal Trece y lo que antes era "Cámara Testigo" en América Televisión y hoy se transformó en "GPS", por el mismo canal. Todos ellos emitidos por la señal de televisión abierta.

sistema" (Chaves, 2005b: 16). La autora plantea la necesidad de verlos como sujetos legítimos, de derecho, y no como meros receptores pasivos de lo que el mundo tiene planeado para ellos. Así, evitamos caer en afirmaciones que justifiquen todos y cada uno de sus actos, como si de niños se tratase. La cuestión es bastante más compleja y requiere de un equilibrio que permita tomar la perspectiva del actor como válida, entender al sujeto en su lógica propia[12], pero no por eso olvidar que éste está inmerso en relaciones sociales de poder que pueden colocarlo tanto en la situación de víctima como en la de victimario.

Como dije, cada una de las salidas en las que fuimos a bailar fueron casi siempre sinónimo de alguna pelea con diversos actores de la noche. La dinámica bailantera de la que tuve oportunidad de participar se caracterizó siempre por una actividad corporal intensa, por un uso significativo y preponderante del cuerpo, por ejemplo, por sobre la palabra (Alabarces y Garriga, 2007: 1). Durante cada noche y una vez dentro de la bailanta el primer punto importante a resolver era el lugar que el grupo deseaba ocupar en la pista de baile; tema de más difícil resolución los días en los que la bailanta se encontraba repleta. Los varones trataban de crear una especie de círculo propio, dentro del cual poder charlar, bailar, tomar algo y proteger a las mujeres de los empujones y eventuales forcejeos que se producían como consecuencia de la permanente circulación de gente.

Lo que parecía estar en juego aquí no era sólo la posibilidad de bailar o charlar tranquilos, sino de sentirse únicos propietarios del espacio sobre el cuál estaban parados. Por momentos, esto se tornaba una cuestión de vida o muerte para Nacho y sus amigos. La intensidad con la que discutía con los ocasionales 'infractores' hablaba del valor que la ocupación del espacio tenía para estos jóvenes, tanto para los que defienden al que entendían como 'su lugar, como aquellos otros que intentaban usurparlo. Esto lo afirmo en función de que aquellos que pretendían atravesar el círculo o efectivamente lo hacían, también entraban en la disputa por la apropiación de ese mismo espacio.

Con relación a esto Blázquez (2002: 10) afirma: "la configuración espacial refleja no la estructura social verdadera, inconsciente, sino un modelo que existe conscientemente en la mente del nativo, aunque su naturaleza sea totalmente ilusoria e incluso contradictoria con la realidad". La propiedad del espacio dentro de la bailanta se maneja de una manera bastante efímera, ya que el grupo no permanecía toda la noche en

[12] Grignon y Passeron, (1991).

el mismo lugar ni mantenía uno fijo a lo largo de todos los fines de semana. Aún así, las disputas entre grupos se daban en torno a la idea de usurpación de un lugar que ya fue señalado por otro como propio, aunque más no sea por un rato. Atravesar ese espacio, era irrumpir en el territorio del otro, era desafiarlo y mostrarle su debilidad (Garriga, 2007). Los usurpados, a su vez, no sólo intentaban impedirlo sino que sabían que algo valioso estaba en juego con esa irrupción: su valentía, su respetabilidad, entendidas como sinónimo de masculinidad:

> "Las propiedades morales del grupo en general y el género de cada uno en particular, se ponen en el ruedo cuando se ocupa un espacio y son evaluadas de acuerdo con los modos específicos mediante los cuales ese lugar es producido como parte de la performance. No tenés que dejar que te saquen del lugar, casi me ordenó uno de mis amigos del baile cuando me corrí para darle espacio a un joven que trataba de llegar al buffet" (Blázquez, 2002:11).

Estas contiendas por el espacio que comenzaban dentro de la bailanta, muchas veces terminaban fuera de ésta, ya sea porque una vez que ambos grupos salían del lugar se esperaban afuera para 'arreglar los tantos' o porque comenzaban a pelear adentro y eran expulsados del lugar por los patovicas, provocando así que los grupos se pelearan en plena calle, con el riesgo de ser interceptados y/o reprimidos por la policía.

Pero la utilización de la violencia física o verbal no era patrimonio exclusivo ni de los varones del grupo en particular y ni del resto de los asistentes a las bailantas en general: las mujeres también se insultaban y peleaban públicamente, entre ellas y con los varones, aunque con menor frecuencia e intensidad que éstos. Los motivos solían ser similares: se enfrentaban con otra mujer por la atención de un varón (lo cual mostraba orgulloso al sujeto en cuestión), por algún problema del barrio o la escuela o porque la otra 'la miró mal o la empujó'. En este punto, no había una disputa por la ocupación del espacio como describiera antes. En los enfrentamientos con los varones, las mujeres se defendían de diversas agresiones verbales -cuando las insultaban por diversos motivos pero siempre recurriendo al apelativo de 'puta', 'bardera'[13], 'villera' o 'tumbera'[14], reproduciendo así, al interior de los grupos, los estereotipos y estigmas que pesan sobre

[13] Refiere a la persona que busca pelea permanentemente.
[14] Refiere a las personas que estuvieron privadas de su libertad en algún momento (la 'tumba' es la cárcel) y que por ello han adquirido actitudes 'barderas' o de búsqueda de conflictos.

las mujeres jóvenes y pobres-; o físicas -cuando las manoseaban o se abalanzaban sobre ellas para invitarlas/obligarlas a bailar con ellos, 'robarles' un beso o simplemente humillarlas al demostrarles que a pesar de sus negativas ellos podían disponer y aprovecharse del cuerpo de las chicas como si de objetos se tratase-. Frente a esta diversidad de agravios las chicas devolvían los insultos, muchas veces reproduciendo los discursos estigmatizantes sobre los varones, diciéndoles 'negros cabeza', como si de devolución de gentilezas se tratase o 'puto'y 'cagón', remarcando una fuerte matriz heteronormativa que consideraba a la homosexualidad no sólo como un objeto de burla y una desviación sino también como un insulto temido y rechazado por sus destinatarios (Elizalde, 2005; Scott, 1996).

En general, los 'pibes' que se 'zarpaban' con las 'pibas' no eran los del propio grupo. Esto mostraba dos cuestiones sumamente interesantes: la primera es cómo los varones protegían a las chicas de su grupo de los que se 'zarpaban, siempre y cuando las tuvieran en su radio de 'vigilancia'; la segunda, entonces, es que las chicas debían mantenerse 'a la vista' de los varones si querían su protección a cambio, conjuntamente, los chicos parecían considerar a las mujeres como parte de sus propiedades u objeto de su control. Así, los chicos no se encargaban sólo de proteger el espacio propio sino a las mujeres del grupo.

Esta cita de mi diario de campo lo ejemplifica claramente:

"Si alguien ajeno al grupo se acercaba y las invitaba a bailar, lo más probable era que Nacho, Tula o Rocky "se le fueran al humo"[15] y lo quisieran echar o pegarle por la osadía de su actitud. Este tipo de situaciones se repetía a menudo y varias veces en una misma noche. En una de esas ocasiones, le pregunté a Nacho cuál era el motivo por el que no querían que bailaran con un desconocido si, en definitiva, podía decirse que iban a bailar para eso. Él me contestó:

> 'si yo las dejo bailar con cualquier gil que viene y las saca, y después el flaco se zarpa, yo no puedo decir nada, porque ya las dejé....¿cómo sé yo que el flaco no se va a zarpar si no lo conozco?...'

Esto me dio la pauta de que ellos consideraban a las mujeres como parte de aquello que debían cuidar, como si fuera una obligación más dentro de todas las que

[15] Expresión que significa tirarse encima de alguien con intenciones de golpearlo o amedrentarlo.

tenían en tanto protectores del grupo. ¿Qué decían las mujeres de estas actitudes? Principalmente, se beneficiaban de ella. Aprovechaban tener a un grupo de varones corpulentos a su disposición para 'zafar' de los que venían a invitarlas a bailar y no les gustaban físicamente, y también de 'los pesados' que efectivamente pretendían propasarse con ellas, intentando besarlas o tocarlas, o proponiéndoles que los acompañaran a 'otro lugar', fuera de la vista y el control del grupo.

Así, la idea de que los varones consideraban a las mujeres del grupo como propiedad suya, era, si se quiere, reapropiada por las chicas en términos de beneficio: ellas utilizaban esa protección cuando les era favorable, y cuando no, desarrollaban diversas maniobras para escabullirse de los controles de hermanos mayores, novios o amigos, y, como dicen ellas, 'hacer la suya'.

La más común de sus formas era ir al baño o 'dar una vuelta para ver qué onda'. En una de esas ocasiones, Karina, camino al baño, debía atravesar una ronda de jóvenes que le impedían el paso. Yo iba detrás de ella. Uno de los chicos se puso frente a ella e intentó besarla y agarrarla de la cintura. Karina primero lo apartó con un leve empujón, pidiéndole que la dejara pasar. Cuando había hecho unos pasos el joven volvió a insistirle pero esta vez le tocó la cola. Ella se dio vuelta y le dio una cachetada sin dudarlo. La actitud de Karina me sorprendió porque mi impresión era que tenía una personalidad introvertida (inferida a partir de la observación de sus prácticas cotidianas y de sus propios relatos sobre sí misma). Esto me hizo pensar que la única herramienta de defensa con la que las mujeres cuentan no es la protección masculina, sino que también pueden defenderse solas. Y lo hacen (Silba y Spataro, 2008).

Una de las líneas de interpretación señala que la violencia es parte constitutiva del propio individuo y que para vivir en sociedad este debe sublimar y reprimir permanentemente estos instintos. Elías (1998: 430) subraya la importancia del proceso civilizatorio moderno en tanto ha dotado a los seres humanos de un fuerte autocontrol y autorregulación sobre sus pasiones. Esto es, no es que los seres humanos seamos 'naturalmente violentos' sino que la civilización ha producido que en las sociedades actuales sea necesario controlar los impulsos con mucha mayor virulencia que en las sociedades primitivas o medievales. En este sentido, Elías destaca que los niños y jóvenes están más vinculados a su parte instintiva porque están menos atravesados por este proceso civilizatorio. En la medida que dicho proceso tiene como consecuencia el aislamiento casi total de los hombres para la domesticación de estas necesidades (dormir solos, estudiar solos, ir al baño y asearse solos, vivir solos, mantenerse y trabajar por su

propia cuenta, etc.) y la consecuente individuación del sujeto, esto lleva a que se los empuje a estar cada vez más aislados, al tiempo que se les pide que convivan pacíficamente en sociedad. Nuevamente no encontramos frente a normativas sociales que se muestran como contradictorias y que en esa contradicción logran generar en el individuo joven una sensación de frustración e incertidumbre.

En una línea de razonamiento similar, Le Breton (2004)[16] le adjudica al desmembramiento de las antiguas redes comunales las dificultades actuales para el ingreso al mundo adulto:

> "A partir de la modernidad, haber nacido y crecido en una comunidad ya no era garantía suficiente de integración. Cada cual debía encontrar por sus propios medios el sentido de la vida y conquistar el derecho a una existencia social. Así, las conductas arriesgadas que se observan en muchos jóvenes, no son tan irracionales como los adultos creen sino que se vinculan con la búsqueda de autoafirmación y reconocimiento social. (...) En nuestra sociedad el rito de pasaje es una dolorosa respuesta a la ausencia de significado".

La violencia puede ser así entendida como rito de pasaje a una adultez que se les presenta cada vez más incierta y a la que intentan alejar lo más posible. Estas/os jóvenes utiliza la violencia como forma de relación posiblemente porque fueron socializados en un ambiente familiar y barrial en el que ésa era la forma legítima de solución de conflictos. También puede pensarse que, aún sin poder/querer verbalizarlo, muchos de ellos saben que están inmersos en un sistema social que posee un orden violento en su constitución, eso conlleva a que las violencias sean estructurales y ejercidas por las propias instituciones del estado y del mercado y que por lo tanto las diversas violencias situacionales en las que se encuentran muchas veces inmersos estos individuos, como productores o receptores de las mismas, sean una respuesta a los apremios legales y legitimados de ese sistema social en el que viven y al que perciben como muy difícil de cambiar.

[16] Citado en Adasko, A (2005). Pág. 41.

VII- Conclusiones

Como parte de las reflexiones finales de este trabajo me interesa retomar las posiciones de Elías (1998) y Durkheim (1982) respecto del análisis y las apreciaciones más o menos sistemáticas y profundas sobre las "desviaciones sociales". Dice Durkheim en relación al delito "el delito es normal porque una sociedad exenta del mismo es del todo imposible" (1982: 92). Si trasladamos esa misma conclusión a la interpretación de las violencias sociales por parte de las/os jóvenes, podemos comprender mejor la forma en la que éstas están imbricadas en el tejido social. También podemos reconocer que no son los jóvenes los únicos actores sociales que la utilizan cotidianamente: también lo haces los adultos, las fuerzas represivas del estado y diversos agentes de la sociedad civil (en el caso analizado es clara la participación de los custodios privados o 'patovicas en el supuesto 'control' de las/os jóvenes durante las salidas nocturnas).

Pero lo llamativo de las violencias también se relaciona con la forma de definirlas: la utilización de la violencia física entre miembros jóvenes de sectores populares habilita una condena social y el calificativo de 'bestias' o 'animales'. Su misma utilización por parte de la policía o el ejército en espacios públicos y a veces también privados, es parte de las garantías de 'ley y orden' que el estado 'le debe' a los ciudadanos obedientes y buenos contribuyentes. Y esto si dejamos fuera del análisis a la infinidad de violencias simbólicas, a veces imperceptibles, a veces ocultas, que el propio sistema ejerce sobre los sujetos que aquí analicé: las relaciones inestables y precarias con el sistema educativo y con el mercado de trabajo no son consecuencia de la irracionalidad o ignorancia de las/os jóvenes que experimentan esa precariedad, sino de aquellos responsables políticos que tienen poder y capacidad de modificar los destinos de las clases menos privilegiadas de la sociedad. Eso no sólo es una forma de violencia sino que genera violencia entre los propios agentes sociales, fundamentalmente, en sus formas de relacionarse cotidianamente con los otros.

Estas violencias también se reproducen al interior del propio grupo: las relaciones jerárquicas de género colocan a las mujeres en el lugar de objetos para muchos varones, que deben obedecer la voluntad masculina a cambio de su supuesta protección. Si bien vimos que ellas responden a muchos agravios insultando y reforzando el estigma que pesa sobre los varones, hay algo en las relaciones intra-género que no es recíproco: el abuso sobre el cuerpo femenino. Las mujeres los insultan

y llegan a golpearlos porque se defienden como pueden, como les sale, de una forma agraviante de violencia como es el manoseo, un punto que une violencia física y simbólica de una manera también muy compleja. Uno de los varones una vez dijo:

> "El otro día pasaron en la tele una que venía de bailar, pollera por acá, re calienta vergas. Hay algunas minitas que se quejan, y las minitas, arranco por arriba, tienen la carita, flequillito, carita de puta, las tetas afuera, el culo al aire, y después se quejan".

Esta posición, aunque un tanto extrema, expresa ciertas formas que los varones utilizan para justificar el manoseo del cuerpo de las mujeres sin su consentimiento: las tocan porque ellas supuestamente los buscan con su forma de vestirse provocativa. A partir de este comentario podemos afirmar que esa no debiera ser para los varones una justificación válida desde ningún punto de vista, y por otro lado, muchos varones también manosean y se sobrepasan con las chicas que van en jeans, en joggings y con cualquier otra vestimenta que no se define como "provocativa". Como vemos, el problema no está en la ropa ni en la forma de lucirla, sino en los valores de estos varones que se creen con el derecho a sobrepasarse con las chicas, dejando una especie de marca en sus cuerpos, como si de objetos se tratase. Este sería una especie de 'derecho adquirido' por el solo hecho de ser varones, que termina negándole a ellas el derecho a ser consideradas sujetos de derecho con la capacidad de decidir sobre su vida y sobre su cuerpo libremente.

Retomando el comienzo de este apartado, la pregunta que podría quedar como cierre de mi reflexión no sería ¿por qué estas mujeres y varones jóvenes son violentas/os? sino, ¿Cómo podrían hacer, en este contexto social y político, para no serlo? ¿Qué podrían hacer para construir otro tipo de relaciones sociales, entre pares y con el mundo adulto? ¿Y de qué manera construir relaciones más igualitarias y democráticas en función del género? Difícil, en una sociedad que se regodea permanentemente, en sus prácticas y en sus representaciones mediáticas, en el machismo y la misoginia de manera alternativa y alarmante.

Las posibilidades de cambio no estarían entonces en las manos de los propios jóvenes exclusivamente. El mundo adulto, ese que se encarga de sancionarlos e intentar normativizarlos constantemente, también debe hacer lo suyo. En palabras de Margaret

Mead (1970: 121): “Debemos crear nuevos modelos para que los adultos puedan enseñar a sus hijos no lo que deben aprender sino cómo deben hacerlo, y no con qué comprometerse, sino cuál es el valor del compromiso”. Cambiando simplemente el eje de la mirada sobre el valor de defender ciertos valores, podemos hacer la diferencia, y, como afirma Mead, no sólo intentar cambiar el presente sino animarnos a reubicar el futuro.

Bibliografía

Alabarces, Pablo y Garriga Zucal, José: "Identidades Corporais: entre o relato e o aguante", en *Campos. Revista de Antropologia Social*, vol. 8, nº 1, Paraná: UFP, octubre 2007.

Blázquez, Gustavo: "El uso del espacio: Los modos de estar en el baile de cuartetos" Disponible en **http://www.ffyh.unc.edu.ar/secretarias/cyt/jor2002/14/BLAZQUEZ.htm**., 2002.

Chaves, Mariana: "Cap. 1 ¿Juventud?" en Chaves, M. *Los espacios urbanos de jóvenes en la ciudad de La Plata.* Tesis Doctoral. FCNyM, UNLP-CONICET. Inédita, 2005a

Chaves, Mariana: "Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea". Revista *Última Década* Año 13 Nº 23 Viña del Mar: CIDPA. Diciembre de 2005. Pp. 9-32. ISSN: 0717-4691 Versión impresa ISSN 0718-2236 Versión electrónica http://www.cidpa.cl, 2005b.

Criado, Enrique Martín: "La construcción de los problemas juveniles" en Nomádes. NO. 23. OCTUBRE. Bogotá: UNIVERSIDAD CENTRAL, 2005.

Duarte Quapper, Claudio: "Violencias en jóvenes, como expresión de las violencias sociales, en Revista SEPIENSA.NET espacio para el debate en arte y ciencias sociales. Sitio Web desarrollado por ©NUMCERO-multimedia. 19 de agosto de 2005.

Durkheim, Emile: *Las reglas del método sociológico.* Madrid, Ediciones Morata, 1982.

Elías, Norbert: "La civilización de los padres" en *La civilización de los padres y otros ensayos.* Bogotá: Norma, 1998. PP. 407-450.

Elizalde, Silvia: "La otra mitad. Retóricas de la 'peligrosidad' juvenil. Un análisis desde el género". Tesis Doctoral. Facultad de Filosofia y Letras, UBA. Directora: Dra. Dora Barrancos. Co-directora: Lic. Silvia Delfino. Inédita, 2005.

Feixa, Carles: *De jóvenes, bandas y tribus (Antropología de la juventud).* Barcelona, Ariel, 1998.

Garriga, José: *Haciendo amigos a las piñas*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

Goldmann, Lucien: *La ilustración y la sociedad actual.* Caracas, Monte Ávila, 1968, citado en Adaszko, Ariel: "Perspectivas socio-antropológicas sobre la adolescencia, la juventud y el embarazo" en Gogna, M. (Comp.) *Embarazo y maternidad en la adolescencia. Estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas.* Buenos Aires, CEDES-UNICEF, 2005.

Grignon, Claude y Passeron, Jean Claude: *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.

Guber, Rosana: *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo.* Buenos Aires, Paidós, 2004.

Hall, Stuart: "¿Quién necesita identidad?, en Hall, Stuart y de Gay, Paul (2003): *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu Editores. Madrid, 1996.

Le Breton. David: "The Anthropology of Adolescent Risk-taking Behaviors", en *Body & Society,* vol.10, Nº 1, 2004, Págs. 1-15.

Mead, Margaret.: "El futuro" *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional.* Barcelona: Gedisa. 1997, [1970].

Monod, Jean.: *Los Barjots. Etnologías de bandas juveniles.* Barcelona, Ariel, 1970, citado en Chaves, Mariana "Cap. 1 ¿Juventud?" en Chaves, M. *Los espacios urbanos de jóvenes en la ciudad de La Plata.* Tesis Doctoral. FCNyM, UNLP-CONICET. Inédita, 2005[a].

Núñez, Pedro y Corral, Damián: "Inseguridades, incertidumbres y nociones de justicia en sectores populares. Una aproximación a las percepciones de los jóvenes en dos barrios del Gran Buenos Aires." *Se piensa*. *Espacio para el debate en arte y ciencias sociales.* Disponible www.sepiensa.cl, 2005.

Reguillo, Rossana: *Estrategias del desencanto. Emergencia de culturas juveniles.* Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000.

Scott, Joan W.: "El género: una categoría útil para el análisis histórico" en Lamas, Marta (comp.): *El género. La construcción social de la diferencia sexual.* UNAM. Coordinación de Humanidades. Programa Universitario de Estudios de Género. México, 1996.

Silba, Malvina y Spataro, Carolina: "*Cumbia Nena*. Letras, relatos y baile según las bailanteras", en Alabarces, P. y Rodríguez, M.G. (Compiladores): *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Buenos Aires, Paidós, 2008 (en colaboración con Carolina Spataro). ISBN: 978-950-12-2728-4, 2008.